

VERSIÓN POPULAR DE

FRATELLI TUTTI

P. MATEO GARR S.J.




ARZOBISPADO
DE LIMA

VERSIÓN POPULAR DE

FRATELLI TUTTI

—

P. MATEO GARR S.J.



ARZOBISPADO
DE LIMA

Escrito por:

P. Mateo Garr, S.J.

Edición y diagramación:

Oficina de Prensa del Arzobispado de Lima

Marzo, 2021

Con las debidas licencias eclesíásticas

Lima, Perú

Introducción

¿Se acuerdan de la historia de San Francisco de Asís cuando fue a Egipto para hablar con el Sultán?

San Francisco no hacía teología;

sólo habló del amor de Dios.

Comunicó su paz interior.

No deseaba el dominio sobre los demás.

Ésta es la imagen que el Papa Francisco nos da para presentar su nueva encíclica, *Fratelli Tutti*, que significa “Hermanos y hermanas todas”.

No se trata de una carta

sobre una nueva enseñanza,

sino una invitación pastoral a favor de la hermandad:

“Anhelo que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad” (N° 8).

¿También se acuerdan que en 2015

el Papa escribió otra carta que se llama: *Laudato si’*?

En este documento el Papa nos animó a hacer dos cosas:

Defender la Casa Común, que es nuestro planeta

y defender a las personas pobres y vulnerables.

No se puede hacer la una sin la otra.

Igualmente, en esta nueva encíclica

se trata de la fraternidad y de la amistad social.

El Papa empezó a escribir la carta antes de la pandemia y señala que el COVID 19 nos hace ver

que estamos todos interconectados
y no vamos a poder resolver la crisis a nivel individual.

Preguntas para la reflexión

- ¿Por qué escribió el Papa esta carta?
- ¿Por qué necesitamos reflexionar sobre su carta ahora?
- ¿Por qué necesitamos más que nunca trabajar por la fraternidad y la amistad social?

CAPÍTULO PRIMERO

Las sombras de un mundo cerrado

Conocemos el método de “ver, juzgar y actuar”.
Por eso, más que un análisis socio-científico,
la carta anota algunas tendencias en el mundo actual.

Tal vez, en el pasado éramos más optimistas sobre el futuro.
En cambio, ahora vivimos en un mundo
de conflictos que nos dividen,
y los valores de la solidaridad
y el bien común se hacen escasos.
Como dijo el Papa Benedicto XVI:
Estamos cada vez más cercanos, pero no más hermanos.

Hemos perdido el sentido de la historia.
Para los poderes políticos y económicos,
nada del pasado vale.
Quieren destruir las culturas que son diferentes.
Desean que dejemos de valorizar
la democracia y la justicia.
Quieren destruir la esperanza,
dividirnos unos de otros
y odiar los que no son como nosotros.
Su forma de vencer es destrozar.
Para ellos hasta las personas son “descartables”;

si son pobres o ancianos o discapacitados,
no sirven.
Lo único que les interesa es el individualismo.
Las reglas económicas pueden ayudar
para el crecimiento económico,
pero no ayudan nada al desarrollo humano integral.

Piensan que los derechos humanos
ya no son para todos.
Cuando dejamos de creer
en la dignidad de la persona,
los derechos humanos carecen de base.
Han olvidado en todas partes
los derechos de las mujeres.
Ellas son doblemente excluidas
por ser mujeres y por ser pobres.

Estamos viviendo una especie
de tercera guerra mundial en etapas.
Se busca una falsa seguridad
basada en el miedo y la desconfianza.
La gente crea sus propios muros,
pero luego llegan a ser esclavos dentro de ellos.

Es cierto que han mejorado muchas cosas,
pero hay un deterioro ético
y el debilitamiento de valores espirituales.
La indiferencia va reemplazando
el sentimiento de pertenencia,
y este aislamiento no puede motivar la esperanza.
*Se está produciendo un verdadero cisma
entre el individuo y la comunidad humana.*

El COVID 19 hace que nadie se salve solo.

La única cosa que nos salva será la hermandad.

El Internet nos permite
mantener contacto con lo que pasa,
pero la pandemia demuestra
que somos presos de la virtualidad,
y hemos perdido el gusto de la realidad.

Dice el Papa claramente:

Necesitamos sonrisas humanas verdaderas.

Tenemos que repensar nuestros estilos y vida
y el sentido de nuestra existencia.

La obsesión por una vida consumista
terminará en la violencia.

La naturaleza misma gime.

Aprendamos que ya no se trata
de *los otros* sino de *nosotros*.

Sólo así podemos esperar en un futuro mejor.

Muchos se oponen a la inmigración

y crean gobiernos autoritarios para controlar su ingreso.

Pocos están de acuerdo en ayudar a las familias pobres.

Y, por eso, sólo promueven la emigración de su propia gente.

Los países de recepción se vuelven xenofóbicos.



Los cristianos no podemos compartir estos prejuicios.
¿Hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraterna?

Hay cada vez más agresividad
y cada vez menos pudor.
El Internet favorece los insultos
que no serían posibles si nos viéramos cara a cara.
Además, permite a los que piensan igual reunirse
sin tener que dialogar con los que piensan distinto.
Tristemente los cristianos también participamos
en estas redes de violencia.
Lo de poder poner instantáneamente
“me gusta” o “no me gusta”
crea una actitud que no permite
ver las cosas profundamente.

El mundo se ha vuelto sordo.
Tener más datos a través de un buscador cibernético
no aumenta nuestra sabiduría,
ni llega al corazón de la vida.
La hermandad sólo puede darse
entre espíritus libres y por encuentros reales.

Se trata de sometimientos y auto-desprecios:
Los medios señalan las bondades de los países ricos
e ignoran las culturas propias de la gente.
Destrozar la autoestima de alguien
es una manera fácil de dominarlo:
“homogeniezar” el mundo
y crear una cultura de los poderosos.
La peor alienación es no tener raíces ni pertenencias.

Sin embargo, no perdamos la esperanza.
Existen muchos ejemplos de personas

que dan sus vidas por los demás cada día:
empezando con médicos y enfermeras,
extendiéndose a las trabajadoras de limpieza,
y los que trabajan en los mercados y muchos más.
La esperanza está enraizada en nuestra humanidad.
Seguimos con aspiraciones de justicia y amor.
Caminemos en la esperanza.

Preguntas para la reflexión

- ¿Qué otras cosas que vemos en nuestra propia sociedad podrían añadirse a esta reflexión?
- ¿Por qué el individualismo y la indiferencia van ganando al sentido social y el buen gobierno?
- ¿Cuáles son las ventajas y los peligros del internet y el mundo virtual?

CAPÍTULO SEGUNDO

Un extraño en el camino

¿Se acuerdan de las bellas palabras que inician el documento del Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo moderno?

Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de la Iglesia.

El Papa Francisco parte de este principio para ofrecer una luz para guiarnos. Esta luz es la Parábola del Buen Samaritano.

El trasfondo de la Parábola es que Dios cuestiona todo tipo de fatalismo que *pretenda justificar la indiferencia de nuestra relación con los demás como única respuesta posible.*

Esto se ve a través del Antiguo Testamento y, sobre todo, en los Evangelios donde encontramos el llamado de ser misericordiosos como Dios es misericordioso.

El Papa pregunta con quién nos sentimos identificados:

No con quien nos gustaría identificarnos,
sino lo que más honestamente describe nuestra vida.
¿Con el sacerdote o con el levita?
*Sólo les importa evitar problemas,
no les interesa si un ser humano se muere por su culpa.
Estos son síntomas de una sociedad enferma,
porque busca construirse de espaldas al dolor.*

El Samaritano nos hace recordar nuestra vocación
de promover el bien común,
y en los casos concretos, aquí y ahora,
llegamos a comprender
que todos somos interconectados.

La inclusión o la exclusión de la persona
que sufre al costado del camino
define todos los proyectos
económicos, políticos, sociales y religiosos.
O somos buenos samaritanos
o somos indiferentes viajeros.

Lo que distingue a las personas
no es la raza ni la religión,
sólo el hecho que uno ayuda y otro escapa.
Jesús no plantea caminos alternativos.
Simplemente pide que hagamos el bien
sin pensar que otras cosas son más importantes.

La Parábola comienza con los salteadores.
Los conocemos:
*Hemos visto avanzar en el mundo
las densas sombras del abandono,
de la violencia utilizada con mezquinos intereses.*
También ocurre que nosotros



nos sentimos como el hombre herido,
desamparados por la gente y las instituciones.

Hay que comenzar de nuevo:
No esperemos que otros cumplan;
también tenemos nuestra responsabilidad.
Sólo falta el deseo gratuito,
puro y simple de querer ser pueblo,
de ser constantes e incansables en la labor
de incluir, de integrar, de levantar al caído.
*Alimentemos lo bueno
y pongámonos al servicio del bien.*

Las dificultades que parecen enormes
son la oportunidad para crecer,
y no una excusa para la tristeza.
La reconciliación nos ayuda
a reparar y quitar nuestros miedos.
Pero no lo hagamos solos, individualmente.
El samaritano buscó a un hospedero
que pudiera cuidar de aquel hombre,
como nosotros estamos invitados
a convocar y encontrarnos
que el “nosotros” es más fuerte
que la suma de pequeñas individualidades.

Recordemos que *“el todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas”*.

El samaritano no buscaba recompensas.

El poder ayudar nos da la satisfacción frente a Dios y frente a nosotros mismos.

Jesús invierte el sentido de “prójimo”.

No se limita al amigo o al familiar conocido;

Jesús dice que nosotros debemos ser el prójimo para el que nos necesita.

Esto es lo que significa “hacerse el prójimo”: hacernos presente ante el que necesita ayuda sin importar si pertenece a nuestro grupo o no.

Para nosotros, creyentes, esto implica reconocer a Cristo en el hermano.

Jesús derramó su sangre por esta hermandad, y la Santísima Trinidad lo demuestra, porque es comunidad de amor.

Este encuentro misericordioso entre un samaritano y un judío es una potente interpelación, que desmiente toda manipulación ideológica, para que amplíemos nuestro círculo.

Esto es aplicable a temas sociales, no sólo individuales:

En el pasado,

la Iglesia ha tardado tanto tiempo en condenar contundentemente la esclavitud y diversas formas de violencia.

Hoy, con el desarrollo de la espiritualidad y de la teología, no tenemos excusas.

Preguntas para la reflexión

- El Papa nos invita a entrar dentro de la Parábola del Buen Samaritano e intentar identificarnos con cada uno de los personajes:
 - ¿Hemos tenido alguna experiencia como el hombre caído entre los ladrones?
 - Seamos honrados con nosotros mismos:
 - ¿Directa o indirectamente nos hemos portado como los ladrones?
 - ¿Cuándo y cómo hemos pensado y actuado como el sacerdote o el levita, encontrando cosas “más importantes que hacer”?
 - ¿Qué es lo que motivó al Buen Samaritano a responder tan decisivamente a cuidar al hombre herido?
 - ¿Alguna vez hemos dejado todo lo demás de lado para ayudar a una persona o un grupo necesitado?
- El Papa nos dice que la exigencia de la Parábola es atender al necesitado porque es necesitado, no porque es amigo o es como nosotros.
 - ¿Qué contacto tenemos con las periferias?
 - con las personas pobres, vulneradas e heridas?
 - ¿Cómo nos acercamos a ellas directamente y cómo las atendemos?

CAPÍTULO TERCERO

Pensar y gestar un mundo abierto

No podemos ser hermanos o hermanas
si no nos entregamos a los demás.
La vida existe cuando hay vínculo y fraternidad.
No vivir completamente es vivir la muerte.

Tenemos que salir de nosotros mismos.
No basta limitar nuestro amor a los que ya amamos.
Más bien, el amor a la pareja o al amigo o amiga
debe abrir nuestros corazones
en círculos siempre más amplios
y no limitarnos a la auto-preservación.
Todos nuestros valores deben ser acompañados
por la capacidad de trascendernos.

Las virtudes morales,
y, sobre todo, la caridad,
no son sólo personales,
deben motivarnos a un dinamismo
de apertura hacia los demás.
Hay que valorar lo positivo en las otras personas
y buscar su bien gratuitamente
y nunca intentar imponer nuestros valores a los demás.

El amor nos abre a la comunión universal:
amor entre las personas y también entre las naciones.

El amor no es geográfico sino existencial.
Lo encontraremos en las poblaciones de la periferia
y no debe limitarse por motivos
de raza, color, religión,
ni tampoco olvidarse de los “exiliados ocultos”
como las personas con discapacidades.

Hay peligros:
Unos quieren limitar el amor universal
sólo a su propio país o grupo.
Otros desean limitar este concepto
a una uniformidad formal
e ignorar o borrar las diferencias.

Recordemos la Parábola del Buen Samaritano:
Para muchos el valor principal es la eficiencia
y, por eso, la persona herida o inútil molesta.
Tenemos que lanzarnos más allá
de nuestras estructuras culturales acostumbradas
e interrumpir nuestro viaje para prestar ayuda.

La fraternidad busca más allá
de la libertad y la equidad:
Tiene que abrirse al diálogo.
No basta afirmar
la igualdad de todas las personas
si no cultivamos la práctica de la fraternidad.
Tenemos que superar el individualismo
que no nos hace más libres
ni más hermanos o hermanas.

Toda persona vale en cualquier circunstancia.
Todo ser humano tiene el derecho de vivir en dignidad
dondequiera que esté.
Valemos por nuestro ser
y no por nuestras circunstancias.
Si sólo consideramos lo que es rentable,
va a ser difícil ayudar a las personas frágiles.
Una sociedad orientada por la ley del mercado
no es capaz de ver a los pobres.
Puede ser que una sociedad
que acompaña a sus pobres
crece más lentamente, pero crece mejor.
En cambio, una sociedad
que se rige por el individualismo,
inevitablemente se vuelve violenta.

Para encontrar el bien común
necesitamos nuevos valores morales.
El primero es desear el bien del otro.
Ignorar eso y dejar de transmitir los valores,
sólo lleva a una superficialidad
que no le ayuda a nadie.

El valor de la solidaridad, en gran parte,
significa cuidar la fragilidad.
Es mirar al rostro humano concreto.
No es una ideología que sirve a las ideas,
sino que sirve a las personas.
Esto tiene implicancias importantes:
Requiere que nos enfrentemos
al Imperio del Dinero
que no presta atención
a las estructuras de la pobreza.



Solidaridad es también
cuidar nuestra Casa Común:
Nos lleva a despertar a todos
para preocuparse por las personas.
Superar a nosotros mismos y a nosotras mismas
nos lleva a trascendernos.

Un tema muy importante dentro de esta discusión
es la función social del derecho de la propiedad.
Parte de un principio básico
de la enseñanza social de la Iglesia, que es
“el destino universal de los bienes de la creación”.
Significa que todas las personas tienen derecho
a alcanzar su desarrollo integral.
Sencillamente implica que el rico
no puede vivir a costa del pobre.
Todos los Papas han insistido en esto:
Que el derecho a la propiedad
es un derecho derivado y no fundamental.

La posesión de los derechos humanos
no debe limitarse por ser uno de un país u otro,
de ser mujer o varón ni por el color de la piel.
El derecho de algunos a la libertad
de empresa o de mercado
no puede estar por encima
de los derechos de los pueblos,
ni de la dignidad de los pobres,
ni tampoco del respeto al medio ambiente.

Tiene que aplicarse este principio a todos los países.
Los gobiernos y el pueblo deben comprender
que sus riquezas no son solo para ellos:

También debe ayudar a los necesitados,
aún en el extranjero.

No importa dónde una persona nace.

No es justo que un país levante su nivel de consumo
mientras que otro se quede pobre.

Preguntas para la reflexión

- Sin la fraternidad, la vida humana no vale.
Si sólo amamos a los que nos aman
¿de qué nos sirve? (Ver Mateo 5, 46).
¿Cómo salimos de nosotros mismos
para amar a las personas que necesitan nuestro amor?
- Es difícil porque muchos buscan sólo la eficiencia
y se molestan cuando los frágiles reclaman ayuda.
¿Cómo podemos enseñar la Parábola
del Buen Samaritano?
¿Qué tenemos que hacer para vivirla?
- Con el mundo controlado
por el Imperio del Dinero
y las leyes del mercado
¿estamos condenados sólo a lamentarnos?
¿Qué podemos hacer para promover una sociedad
que atiende los pobres y excluidos,
para proteger nuestra Casa Común,
y para que rija la solidaridad y la fraternidad?
- ¿Cómo podemos enseñar
que el derecho a la propiedad
parte del destino universal
de los bienes de la creación?

CAPÍTULO CUARTO

Un corazón abierto al mundo entero

En este capítulo el Papa describe un ejemplo concreto de lo que debe ser la fraternidad para todos y para todas: Es el tema de la **migración forzada**.

Lo ideal es que hubiera suficientes condiciones dentro de cada país para que su gente no tuviera que emigrar. Pero cuando no pueden, tienen derecho de migrar, y los otros países tienen la obligación de recibirlos.

Inclusive cuando esta nueva población se va acostumbrando a su nuevo hogar, los nativos del país receptor deben aceptarlos como nuevos ciudadanos y no como minorías ajenas. No se trata de una emergencia temporal; los gobiernos del país de recepción tienen que promover estructuras para que los nuevos habitantes encuentren trabajo y aporten al bien de su nueva nación.

Los migrantes pueden ser un verdadero regalo para enriquecer la cultura del país receptor.

Pueden verlos como amigos más que delincuentes:
Preservar la cultura de los migrantes,
pero a la vez, ayudarlos a que brote algo nuevo
en su encuentro con la cultura que los recibe.

El Papa da el ejemplo del encuentro
entre dos civilizaciones: la occidental y la oriental.
Los del Oeste pueden enriquecerse
con la espiritualidad, la medicina y la filosofía del Este,
mientras que las personas que vienen del Oriente
pueden encontrar elementos en el Occidente
para salvarse de la debilidad, la división
y el declive científico tecnológico y científico.
A ambas civilizaciones se les ofrece
aprender y defender los derechos humanos.
Estas ofrendas recíprocas se ven,
sobre todo, entre los y las jóvenes.

Nos salvamos todos o no se salva nadie.
Un ejemplo evidente es la protección
de nuestra Casa Común.

Por la realidad de la globalización,
necesitamos un ordenamiento mundial
jurídico, político y económico
hacia el desarrollo solidario de todos.

No se trata de simple utilitarismo.
Existe la gratitud.
Hacemos las cosas porque son buenas,
no porque ganamos algo.
Si no vivimos la gratitud fraterna,
convertimos la existencia en una forma de comercio.
Recordemos que Dios da todo gratuitamente.

Dios nos invita a ver a todos los hombres y mujeres como una familia humana.

¿Por qué no podemos hacer todos igual?
Es cierto que siempre habrá cierta tensión
entre lo global y lo local.
Hay que trabajar en las dos realidades a la vez.
*La fraternidad universal y la amistad social
dentro de cada sociedad
son dos polos inseparables y coesenciales.*

No hace falta dejar nuestra propia identidad
para entrar en lo global:
Nos permite aceptar el don del otro
mientras compartimos lo nuestro.
Es lo que el Papa decía sobre la propiedad privada:
apreciamos lo nuestro,
pero queremos que sea un aporte para todos.

Lo universal no tiene que ser
homogéneo o estandarizado.
Es como la historia de Babel,
que no fue el aporte de todos
sino la imposición del trabajo sobre todos.
Trabajamos en lo pequeño,
pero con vistas a lo grande.
Recordemos que *el todo
es más que la suma de las partes.*

Desgraciadamente mucha gente prefiere
levantar murallas para protegerse de los demás.
Si no dialogamos con las otras personas
y no somos capaces de dejarnos cuestionar,
nuestra sociedad se va a volver enfermiza.

En cambio, vamos a conocernos más
a nosotros mismos y a nosotras mismas,
si intentamos conocer a los demás.
Abrirnos no atenta contra nuestra identidad.
Tampoco copiamos lo de los demás,
sino que incorporamos sus aportes
dentro de nuestra propia realidad

Nacemos en un contexto concreto,
pero sabemos que pertenecemos
a una familia más grande.
Necesitamos a los demás
para la construcción de una vida plena.
Recordemos que *la persona humana
es el ser fronterizo que no tiene ninguna frontera.*



Si podemos hallar este intercambio localmente,
y si somos capaces de aprender de lo ajeno
y no sólo de lo propio,
será posible a niveles más universales.
Los pobres y vecinos de los barrios populares
conservan sus valores de solidaridad y gratuidad.
Entonces, es posible que los países vecinos
dejen de guiarse por el miedo y la desconfianza.
Juntos podemos luchar en contra de las fuerzas
de las empresas y los países
que prefieren que sigamos divididos.

Preguntas para la reflexión

- Cuántas personas se han visto forzados a salir por motivos económicos y políticos (el terrorismo). Somos plenamente conscientes de los cientos de miles de venezolanos que han llegado aquí por las tragedias que pasaron en su propio país.
- Escuchemos las experiencias – buenas y malas – de nuestros paisanos que han emigrado.
- También escuchemos las historias acerca de cómo los y las venezolanas han sido recibidos aquí.
- A la luz de lo que leemos en este capítulo, ¿creemos que es posible cambiar nuestras actitudes, y no sólo recibir a los inmigrantes por compasión sino enriquecernos de sus aportes?
- Compartan sus sugerencias en grupo.

CAPÍTULO QUINTO

La mejor política

Empecemos este capítulo
con las palabras del Papa Francisco:
*“Para hacer posible el desarrollo
de una comunidad mundial,
capaz de realizar la fraternidad
a partir de pueblos y naciones
que vivan la amistad social,
hace falta la mejor política
puesta al servicio
del verdadero bien común.”*

El problema político actual tiene un nombre:
Es el *populismo*.
A pesar de ser un nombre bonito,
lejos de ser un movimiento
para unirnos como pueblo,
es un intento de crear oposiciones
en que nos identificamos,
por lo que nos distingue de los demás.

Lo que nos gustaría que fuera el populismo
es ser miembro de un pueblo
que forma parte de una identidad común,

hecha de lazos sociales y culturales.

Claro que hay líderes populares buenos
que saben escuchar a su pueblo,
pero hay otros que sólo quieren
capturar al pueblo para instrumentalizarlo.

Respondemos a las necesidades inmediatas del pueblo,
pero este inmediatismo no basta.

Los programas propuestos
tienen que apuntar hacia el futuro también.
Lo verdaderamente popular asegura
la posibilidad de hacer brotar las semillas
que Dios ha sembrado dentro de cada persona
para ser creativos.

Lo peor es no permitir que cada persona
aporte sus capacidades y su esfuerzo.

El individualismo liberal
sólo entiende el pueblo
como la suma de los intereses que coexisten.

Sin embargo, la caridad se entiende
desde dos perspectivas:
la institucional pero también la mística.

Lo que llamamos la vida privada
tiene que ser protegida por el orden político.

Si la caridad va a funcionar
requiere también de ayuda institucional.

Recordemos la Parábola del Buen Samaritano:
Funcionó porque hubo un hotelero para ayudar.

Hay que aprovechar todo lo que fomenta
la transformación de la historia.

A su vez esto requiere

un cambio de actitud de las personas.
Esto fue advertido en la carta del Papa Francisco sobre la protección de nuestra Casa Común, *‘Laudato si’*:
el peligro no reside en las cosas en sí sino en el modo cómo las personas las utilizan.
Lo que el Papa llamó “*el paradigma tecnológico*”.

Sólo con la ayuda de Dios
podremos desarrollar hábitos solidarios
y pensar en la calidad de las relaciones humanas,
para que la sociedad reconozca sus problemas.
El mercado no resuelve todo.
La promesa del famoso “goteo” es falsa
porque nunca ha ocurrido el “derrame” de bienes.
Recordemos cómo la especulación financiera
causó tantos estragos en 2008.
Ahora mismo vemos cómo la crisis del COVID 19
ha creado una crisis económica para los pobres.
Sólo desde la base de los movimientos populares
será posible construir un desarrollo
humano integral y la democracia.

Se debilitó la solidaridad,
y los poderosos salieron indemnes.
La definición tradicional de la justicia,
“dar a cada uno lo suyo”
significa que ninguna persona o institución
puede verse omnipotente.
El panorama mundial hoy nos presenta
a grandes sectores indefensos,
víctimas, más bien, de un mal ejercicio del poder.
Vemos en este nuevo siglo
cómo se han debilitado los poderes de los estados

mientras el mundo económico-financiero crece.

Tenemos organizaciones como las Naciones Unidas,
pero están controladas
por los intereses de unos pocos países.
Afortunadamente hay organizaciones de la sociedad civil
y movimientos populares
que suplen por la falta de poder
de estas instituciones internacionales.
Ésta es la forma cómo debe funcionar
el principio de la subsidiariedad.

Muchos ven la política como una mala palabra
porque está manejada por ideologías
que tratan de debilitarla.
Pero el mundo no puede funcionar sin la política.
La política tiene que tener una visión amplia,
no sólo de la economía
sino una que lleva adelante un replanteo integral.

Un problema concreto es que muchos políticos
sólo piensan en las próximas elecciones.
Prefieren enfocarse en objetivos a corto plazo
e ignorar los proyectos cuyos resultados
sólo se van a ver en el futuro más distante.
No se van a resolver las crisis políticas con parches.
Hace falta un replanteo,
en que los más diversos sectores
participen en la tarea.
La economía tiene que verse juntamente
con lo político, social, cultural y popular.

Aquí el Papa llega al punto central:
El amor político.

La posibilidad de buscar una amistad social entre todos no es una utopía, y cualquier empeño para crearla es un ejercicio supremo de la caridad.

Una persona puede ayudar a otra, pero cuando se une a otros para generar procesos de fraternidad y justicia, ésta es la *caridad política*.

El amor no se encuentra solo en la intimidad sino, además, en las macro-relaciones.

La caridad política nos ayuda a superar el individualismo.

Vemos ejemplos de esto en las sugerencias prácticas que se describen en *Laudato si'*:

Aún los pequeños gestos de cuidado mutuo ayudan a construir una caridad civil y política.

La caridad puede construir un mundo nuevo.

No es un sentimiento estéril sino una *fuerza capaz de suscitar vías nuevas para afrontar los problemas del mundo*.

La caridad está en el corazón de toda vida social sana y abierta.

Como la caridad está unida al compromiso con la verdad, necesita la luz de la verdad sin relativismos.

La caridad se necesita

tanto para atender a la persona concreta que sufre como para modificar las condiciones sociales que provocan el sufrimiento.

Recordemos que “está bien darle un pez al pobre, pero es mejor enseñarle a pescar”

¡y ayudarlo a encontrar trabajo!



Esto es el verdadero significado
de la opción preferencial por los pobres,
porque nos lleva al verdadero espíritu de la caridad
y de evitar soluciones puramente pragmáticas
que solo sirven para esconder el problema.
Se protegen los derechos humanos básicos,
de cuidar la fragilidad
y evitar la cultura del descarte.
La caridad política se expresa también
en la apertura a todos.
Ésta es la primera obligación de los políticos.
Que sepan escuchar y encontrar cómo ayudar a todos.
Esto no tiene que ser sólo una utopía.

Criticamos los fundamentalismos
por su falta de tolerancia
mientras que debemos vivir un amor
capaz de asumir toda diferencia.
Es cierto que las diferencias generan conflictos,
pero la uniformidad genera asfixia.

Todo político también tiene que ser humano.
Difundamos una cultura de tolerancia sin violencia,
sobre todo, si ocurre en nuestro propio país.
No nos limitemos a intentar lograr grandes éxitos;
si logramos ayudar a una sola persona,
esto justifica la entrega de nuestra vida.
No se van a perder nuestros trabajos
realizados con amor.

Estamos dispuestos a trabajar por procesos
que sólo otros en el futuro van a cosechar.
El buen político y la buena política
pueden preguntarse

hacia dónde están apuntando realmente.
No “cuántos votos tengo” sino
“cuánto amor puse en mi trabajo
y cuánta paz sembré”.

Preguntas para la reflexión

- El Papa empieza el capítulo hablando de las dificultades del “populismo” que en la práctica busca promover el individualismo y separarnos unos de otros. Aquí en el Perú hemos sufrido del “populismo” durante muchos años.
¿Cómo entiendes el populismo?
¿Qué experiencias has tenido de sus efectos?
¿Cómo podríamos empezar a cambiar esta actitud?
- La caridad no se limita a la ayuda que ofrecemos a una persona necesitada, pero, como las causas de la pobreza son estructurales, causadas por el mercado libre y el capitalismo desenfrenado, ¿cómo podemos juntarnos con otros para que la economía esté al servicio de la política y no al revés?
- El Papa habla de la caridad política y de la obligación de los políticos y las políticas de trabajar por el bien común, ¿qué características esperamos de los políticos?
¿Es posible promover a los y las jóvenes para que crean una política que promueve la justicia y la democracia?

CAPÍTULO SEXTO

Diálogo y amistad social

En este capítulo el Papa habla sobre el **diálogo**:
No podríamos encontrarnos o ayudarnos sin el diálogo.

Entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta,
siempre hay una opción posible: el diálogo.
No es ciertamente un monólogo
y es más que un intercambio de opiniones.

Un problema son los medios sociales
que permiten que cada uno se mantenga intocable
sin la necesidad de cambiar de ideas,
pero capaz de criticar al ajeno
sin dejar la posibilidad de una defensa.

Es un problema para muchos políticos actuales,
pero muchos de nosotros también aprovechamos
la falta de contacto directo
para humillar y controlar las opiniones de otros
y para imponer nuestras propias ideologías.
La falta de diálogo implica que ninguno,
en los distintos sectores,
está preocupado por el bien común,
sino por la adquisición de los beneficios.

¿Podemos romper esta lógica enfermiza
y sostener el respeto por la verdad?

El auténtico diálogo parte del principio
que la otra persona tiene algo que aportar.
En un verdadero espíritu de diálogo
se alimenta la capacidad de comprender
el sentido de lo que el otro dice y hace,
sin tener que abandonar
nuestras propias convicciones.

Las diferencias pueden ser creativas,
porque en la resolución de las tensiones
está el progreso de la humanidad.

El Internet puede ser por el bien o por el mal;
puede ayudar en el diálogo o dañarlo.
Puede ofrecer mayores posibilidades
de encuentro y de solidaridad entre todos,
pero solo se promueve la generosidad
y la busca del bien común.

Otro problema es el relativismo:
Si en definitiva no hay verdades objetivas
ni principios sólidos,
no podemos pensar que los proyectos políticos
o la fuerza de la ley serán suficientes.
Para que una sociedad tenga futuro
es necesario que haya asumido
un sentido respeto
hacia la verdad de la dignidad humana.

La verdad es la búsqueda
de los fundamentos más sólidos

que están detrás de nuestras opciones
y también de nuestras leyes.
Sin la verdad ¿cómo se evita
que los derechos humanos básicos
sean negados por los poderosos de turno,
luego de haber logrado el “consenso”
de una población adormecida y amedrentada?

Además, existe el riesgo
que el poderoso o el más hábil
termine imponiendo una supuesta verdad.
Es que para los relativistas
*no existen el bien y el mal en sí,
sino solamente un cálculo de ventajas y desventajas.*

En una sociedad pluralista,
el diálogo es el camino más adecuado
para llegar a reconocer
aquello que debe ser siempre afirmado y respetado,
y que está más allá el consenso circunstancial.
En el ser humano y la sociedad,
hay una serie de estructuras básicas
que sostienen su desarrollo y su supervivencia.
El hecho de que ciertas normas sean indispensables
para la misma vida social
es un indicio externo
de que son algo bueno en sí mismo.

Que todo ser humano
posee una dignidad inalienable
es una verdad que responde
a la naturaleza humana,
más allá de cualquier cambio cultural.
Aún para las personas que no son creyentes

este fundamento ofrece
una firme y estable validez universal
a los principios éticos básicos.

Aún más para los que somos creyentes,
sabemos que estos principios éticos
han sido creados por Dios,
quien, en definitiva,
otorga un fundamento sólido a esos principios.

Por su parte el Papa Francisco pide

una cultura de encuentro:

Lo define así:

Es un estilo de vida
tendiente a conformar ese *poliedro*
que tiene muchas facetas
pero todas forman una unidad
porque el todo es superior a la parte.
Porque de todos se puede aprender algo,
nadie es inservible,
nadie es prescindible.



En una “**cultura de encuentro**”,
*Cultura indica algo
que ha penetrado en el pueblo,
en sus convicciones más entrañables
y en su estilo de vida.*

No es una abstracción.

En la cultura de encuentro
los grupos y las personas quieren encontrarse,
buscan puntos de contacto
y tienden puentes.

El sujeto de la cultura es el pueblo.

Lo que se busca en el encuentro es la paz,
no una superficial basada en la astucia
sino un proceso difícil y lento
que integra las diferencias.
Mejor es hablar de un proceso de encuentro.

*Esto implica el hábito de reconocer a la otra
el derecho de ser ella misma y de ser diferente.*

Si uno no acepta a otro,
o lo ve como insignificante,
entonces no hay encuentro,
porque uno teme que va a perder sus intereses,
y tarde o temprano esto provoca
alguna forma de violencia.

*Un encuentro o pacto social
debe ser también un pacto cultural que
respete y asuma las diversas cosmovisiones
y estilos de vida que coexisten en la sociedad.*

Cuando sigue la intolerancia o el prejuicio
de las élites hacia las culturas populares,

no hay diálogo real sino violencia.
Uno tiene derecho de ser
fiel a sus principios,
pero también dejar que el otro
sea fiel a los suyos.

Finalmente tenemos que recordar
lo que se dijo en *Laudato si'*:
el individualismo consumista
provoca mucho atropello.
Lo vemos ahora en este tiempo de pandemia
cuando el discurso se reduce a “sálvese quien pueda”.
Sin embargo, todavía es posible
optar por el cultivo de la amabilidad.
Hay personas que lo hacen
y se convierten en estrellas en medio de la oscuridad.
*La amabilidad es una liberación de la crueldad
que, a veces, penetra las relaciones humanas
y de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás.*

El Papa lo pone en los términos más sencillos
cuando nos pregunta:
¿Todavía tenemos tiempo para decirles a los demás:
“permiso”, “perdón”, “gracias”?
La amabilidad supone valoración y respeto.
Cuando se hace cultura en una sociedad,
esto transfigura profundamente el estilo de vida,
las relaciones sociales,
el modo de debatir y de confrontar ideas.
Pero sin esto no podemos pensar
que los proyectos políticos
o la fuerza de la ley serán suficientes.

Preguntas para la reflexión

- El Papa habla sobre la importancia del diálogo
Y quiere promover una cultura del diálogo.
Admite que es muy difícil hacer eso actualmente
en nuestras culturas consumistas e individualistas.
Seamos honrados con nuestra propia experiencia.
¿Podríamos afirmar que muchas personas y grupos
no sólo tienen opiniones radicalmente diferentes
sino que incluso odian a las personas
que se atreven a tener ideas y creencias distintas?
- Reconocemos las enormes dificultades,
pero ¿podemos soñar o imaginar por lo menos
un proceso de encuentro?
- ¿Cómo afectaremos a nuestra propia sociedad
si empezamos a responder la pregunta del Papa:
¿Todavía tenemos tiempo para decirles a los demás:
“permiso”, “perdón”, y “gracias”?

CAPÍTULO SÉPTIMO

Caminos de reencuentro

A pesar de las enormes dificultades contadas en el último capítulo, sigue siendo verdad que, si queremos tener la paz, necesitamos ser artesanos de la paz.

¿Cómo se hace esto?

Dice Francisco:

Recomenzar desde la verdad.

Hace falta aprender a cultivar una memoria penitencial, capaz de asumir el pasado para liberar el futuro.

La verdad es la compañera inseparable de la justicia y de la misericordia para poder romper la cadena de violencia, odio y muerte.

No es necesario “homogeneizar” la sociedad, pero tenemos que trabajar juntos y reconocer que las personas que se oponen tienen derechos de expresar su punto de vista,

y sus aportes pueden ser rescatables.
El secreto para formar una sociedad nueva
lo encontramos en el servicio a los demás.

El objetivo es superar lo que nos divide
sin perder la identidad de cada uno.
Construir la nueva sociedad
requiere la intervención de las instituciones
pero hay también una “artesanía” de la paz
que nos involucra a todos.
“Todos” implica incluir en el proceso
a los que a menudo olvidamos.

Sólo será posible si tenemos contacto directo
con los pobres y vulnerables
para que ellos también puedan sentirse
protagonistas en el proceso.
Muchos reducen su contacto con los pobres
a unas generalizaciones que ofenden y no ayudan.
Debemos conocer a las personas
que viven en las periferias
para que ellas nos ayuden a nosotros
a tener una visión más completa y realista.

Desgraciadamente, hay muchos que piensan
que el conflicto y la violencia son normales.
Por lo tanto, no creen en la reconciliación
o piensan que es sólo para los débiles.

Sin embargo, si no somos fatalistas,
recordaremos que Jesucristo nunca invitó a nadie
a fomentar la violencia o la intolerancia.
Más bien, pidió a sus discípulos
que fueran como siervos y no como jefes,

y criticó que los que eran incapaces de perdonar,
como el hombre que recibió el perdón
pero no perdonaba a su hermano (Mateo 18, 21-35).

¿Cómo explicar que Jesús dijo (Mateo 10, 34)
que no vino a traer la paz sino la espada?
Dichas palabras no invitan a buscar conflictos,
sino simplemente a soportar el conflicto inevitable,
pero, a la vez, tener el valor
de “pronunciarse con coherencia”
frente a la conflictividad social.

Tampoco buscar la paz implica
que abandonemos el intento
de superar la corrupción.
Estamos llamados a amar sin excepción,
pero amar a un opresor
no es consentir que siga siendo así.
El perdón también exige la justicia.

*La clave para perdonar con justicia
es no desatar una carrera de venganza
ni que la llama de ira se convierta en incendio.
No se gana nada así,
y a la larga se pierde todo.
El mal se vence con el bien, dice San Pablo (Rom. 12,21),
y la bondad no es una debilidad.*

No se consigue nada escondiendo el mal pasado,
y la verdadera reconciliación
puede empezar durante el conflicto.
Con tal que superemos el odio,
es posible tener una conversación honesta
con nuestros opositores.

Recordemos que la unidad es superior al conflicto.

El perdón se promueve;
no se impone.

No funciona una “reconciliación general”
que quiere olvidar el pasado.

El olvido no es nunca una solución.

Recordemos el Holocausto (la Shoa)
o el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki.

Son símbolos que demuestran
hasta dónde puede llegar la maldad de los hombres.

*Danos, Señor, la gracia de avergonzarnos
de lo que hemos sido capaces de hacer,
y de avergonzarnos de esta máxima idolatría.*

Nada de “luego de tiempo, es mejor olvidar”.

Nunca se avanza sin memoria;
no se evoluciona sin una memoria íntegra.

Necesitamos mantener viva
la llama de la conciencia colectiva.

El perdón no implica olvido.

Uno puede perdonar,
pero nunca puede olvidar.

Los que perdonan de verdad no olvidan,
pero renuncian a ser poseídos
por esa misma fuerza destructiva
que los ha perjudicado.

La venganza no resuelve nada.

Tampoco debe haber impunidad,
pero sin caer en el círculo de la violencia.

Es cierto que la violencia llevada por el Estado
es la peor que la de los grupos particulares,



porque el Estado tiene el deber
de proteger el Estado de Derecho.
Sin embargo, ambas partes tienen que pedir perdón.
Debemos a toda víctima inocente el mismo respeto.

El Papa termina el capítulo presentando
dos falsas respuestas frente a la injusticia:
la **guerra** y la **pena de muerte**.
Ambas sólo empeoran la situación.

La guerra es una amenaza constante.
Es la negación de todos los derechos
y una dramática agresión al ambiente.
Desde la Segunda Guerra Mundial
la Organización de las Naciones Unidas
ha ayudado para calmar muchos conflictos,
y, sin embargo, muchas naciones sólo buscan la paz
cuando ven que su propio país se va a beneficiar.
Hablan de las “guerras justificadas”,
pero ¿cómo se distinguen
entre las guerras llamadas “preventivas”
y las que realmente son de defensa?
Más aún, ahora, cuando hay tantos países
que tienen armas nucleares,
químicas y biológicas.
Estas guerras tienen un poder destructivo
que están fuera de control
y afectan a toda la población civil.

En nuestro mundo ya no hay sólo
“pedazos” de guerra en un país o en otro,
sino que se vive una “guerra mundial a pedazos”,
porque los países están interconectados
en el escenario mundial.

Juan XXIII en su carta *Pacem in terris*
reforzó la convicción
de que las razones de la paz
son más fuertes
que todo cálculo de intereses particulares
y toda confianza en el uso de las armas.

Toda guerra deja al mundo peor
que como lo había encontrado.
Miremos la guerra con los ojos de sus víctimas,
y escuchemos sus relatos con el corazón abierto.

Luego preguntémonos si es sostenible
un equilibrio basado en el miedo,
o si esto sólo da un falso sentido de seguridad.
Qué bello sería si usáramos el dinero
destinado para comprar armas
para constituir un fondo mundial,
para acabar de una vez con el hambre
y para ayudar los países pobres a desarrollarse.

En la última sección de este capítulo
el Papa comenta y cuestiona la pena de muerte.
La pena de muerte no es otra cosa
que hacer desaparecer al otro.
Hoy tenemos que afirmar que
la pena de muerte siempre es inadmisibile.

Claro, que cuando uno rompe
las normas de convivencia
se requiere una respuesta adecuada,
y la legítima autoridad tiene la obligación
de imponer penas proporcionales al mal,
pero la pena de muerte nunca es proporcional.

La pena de muerte es siempre vindicativa
y nunca ayuda en un proceso de sanación.
Es también necesario
reformular las prisiones preventivas
para que cumplan con su verdadera intención
de buscar la rehabilitación de la persona presa.

Es imposible imaginar que hoy
los Estados no puedan disponer de otro medio
que no sea la pena capital
para defender la vida de otras personas
del agresor injusto.

Otra terrible forma de la pena de muerte
son las ejecuciones extrajudiciales
que son homicidios deliberados
cometidos por algunos Estados.

Todos los cristianos y cristianas
y las personas de buena voluntad
están llamadas a luchar
por la abolición de la pena de muerte
y también para conseguir
mejorar las condiciones carcelarias.
Ningún criminal pierde su dignidad personal
frente a Dios.
Hay que reconocer la inalienable dignidad
de todo ser humano
y aceptar que tenga un lugar en este universo.

Preguntas para la reflexión

- El Papa nos invita a ser artesanos de la paz:
aprender a cultivar
una memoria penitencial,
capaz de asumir el pasado
para liberar el futuro.
En nuestro país
que ha pasado tantos años de violencia
¿cómo reparar el círculo vicioso
de odio, violencia y muerte?
- Desde donde vivimos
¿será posible tener contacto directo
con los pobres y vulnerables
para conocer su realidad desde el corazón
y para que ellos también puedan sentirse
protagonistas en el proceso de reconciliación?
- ¿Cómo trabajamos para una
verdadera reconciliación viendo la realidad
siempre desde la triple perspectiva
de la verdad, la justicia y la misericordia?
- ¿Cómo promovemos el perdón
sin abandonar el intento
de superar la corrupción?
- ¿Cómo conseguimos renunciar
a ser poseídos por esa misma fuerza
destruktiva que nos ha perjudicado?
¿Cómo nos convencemos que
la venganza no resuelve nada?

CAPÍTULO OCTAVO

Las religiones al servicio de la fraternidad en el mundo

El propósito del diálogo entre las religiones es establecer la paz.

Aunque las distintas religiones tienen creencias diferentes, todas reconocen la hermandad universal y el deseo de vivir en paz con todos.

Como fieles creemos en un Padre que nos invita a construir hermandad. Hay que reconocer una verdad trascendente para garantizar el principio de la justicia entre las personas. Porque, *si no reconocemos la verdad trascendente, triunfa la fuerza del poder: es decir, el totalitarismo.*

El totalitarismo niega la dignidad trascendente de la persona humana. En cambio, si creemos en Dios

con corazón sincero,
reconoceremos como verdaderos
a nuestros hermanos y hermanas
como compañeros y compañeras del camino.

Si lo que nos mueve son
el individualismo y el materialismo,
desaparecen los valores trascendentales.
Los poderosos negarán
la posibilidad de una reflexión
sobre siglos de experiencia y sabiduría.

Hay que reconocer la autonomía de lo político,
pero todos tenemos el derecho
de trabajar por un mundo mejor.
Tampoco podemos renunciar
a la dimensión política de la existencia.
La Iglesia tiene un papel público
de procurar la promoción del ser humano
y la fraternidad universal.

Como se insistió en el Concilio Vaticano Segundo,
respetemos las otras religiones
porque reflejan el destello de la verdad que nos ilumina.
Otros beben de otras fuentes,
pero para nosotros el manantial es Jesucristo.
Sin embargo, como cristianos explícitos,
nunca vamos a dejar “la música del Evangelio”
porque, como dicen las primeras palabras
de *Gaudium et spes*
sobre la Iglesia en el mundo moderno:
*No hay nada humano
que no encuentre eco en el corazón de la Iglesia.*
Además, para muchos cristianos,

este camino de fraternidad
tiene también una Madre, llamada María.
Los cristianos pedimos que,
en los países donde somos minoría,
se nos garantice la libertad,
así como nosotros ahora
(pero no antes)
la favorecemos para quienes no son cristianos,
allí donde ellos son minoría.
La libertad religiosa
es un derecho humano fundamental.

Al mismo tiempo,
deseamos que crezca la unidad
dentro de la Iglesia.
No la uniformidad
sino una en que las diferencias nos enriquecen,
y la reconciliación se da
por la acción del Espíritu Santo.
Aunque todavía no hemos encontrado
ese camino hacia la plena unidad,
*tenemos el deber de dar testimonio común
del amor de Dios a su pueblo
colaborando en nuestro servicio a la humanidad.*

Entre las religiones
es posible un camino de paz.
El amor de Dios es lo mismo
para cada persona,
sea de la religión que sea
o inclusive que sea ateo.
Como acabamos de decir,
no buscamos un denominador común
sino que nos enriquezcamos mutuamente

con los aportes específicos de cada uno.

Sin embargo, insistimos
que una religión que promueve la violencia
es una falsa religión.

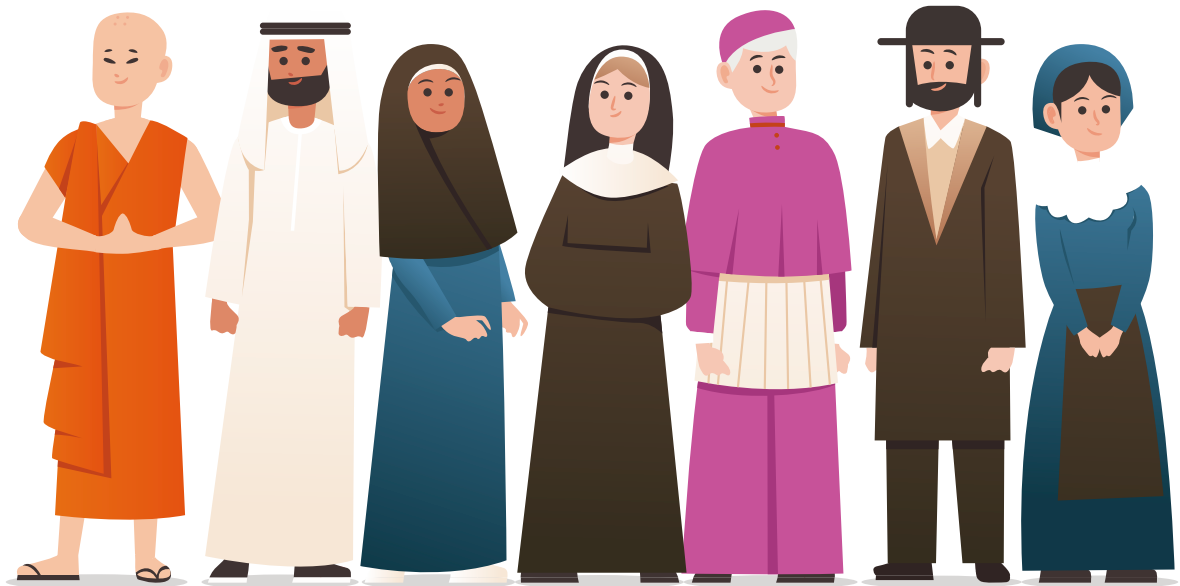
A veces la violencia fundamentalista,
en algunos grupos de cualquier religión,
es desatada por la imprudencia de sus líderes.

Como líderes religiosos
debemos ser “mediadores” y no “intermediarios”.

*Cada uno de nosotros está llamado
a ser un artesano y artesana de la paz,
uniendo y no dividiendo,
extinguendo el odio y no conservándolo,
abriendo las sendas del diálogo
y no levantando nuevos muros.*

El Papa Francisco termina su carta
como la empezó,
recordando su visita
con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb
y su acuerdo común
que las religiones buenas
nunca incitan la guerra.
Pide en nombre de Dios
por los inocentes y los pobres
y trayendo a la memoria
a los santos que,
a través de la historia,
como San Francisco de Asís,
como por contemporáneos como
Gandhi, Martin Luther King,
Desmond Tutu y Carlos de Foucauld,
que se hicieron hermanos de todos.

Que Dios inspire ese sueño
en cada uno de nosotros.
Juntemos todas nuestras oraciones
en el nombre del Dios Creador de todos
y de todos nosotros los cristianos y cristianas.
Amén.



Preguntas para la reflexión

- Tal vez aquí en el Perú no nos acostumbremos tanto a conocer a las otras ecuménicas e interreligiosas. Inclusive hay grupos fundamentalistas que no quieren orar con nosotros. Pero existen organizaciones interreligiosas que trabajan y rezan por la paz como “Religiones por la Paz” y la “Iniciativa Interreligiosa para los Bosques”. ¿Estamos interesados en colaborar con estos proyectos por la paz?
- Por otra parte, las personas e instituciones que sólo viven por el individualismo y el materialismo e ignoran los valores trascendentales son los que más buscan la división, entre ricos y pobres, blancos y negros, hombres y mujeres, además de destruir la naturaleza sólo por beneficiarse a sí mismos. La ley del amor no nos permite odiarlos ni usar la violencia en su contra. ¿Pero cómo nos organizamos para defender a las personas vulnerables y proteger nuestra Casa Común? ¿Cómo convencemos a todos y a todas que somos hermanos y hermanas, *Fratelli Tutti*?



www.arzobispadodelima.org



